

Percival Everett

Cancelado



DE CONATUS

Percival Everett

Cancelado

Traducción
Marta Alcaraz Burgueño

UNA COEDICIÓN



Seix Barral

DE CONATUS

Mi diario es un asunto privado, pero como ignoro el momento en el que me llegará la muerte y puesto que, por desgracia, no me siento inclinado a considerar seriamente mi autoextinción, me temo que estas páginas las verán otros. Y ya que, de todos modos, entonces estaré muerto, no debería importarme demasiado quién las vea o cuándo. Me llamo Thelonious Ellison. Soy escritor de narrativa, afirmación que me atormenta cuando pienso que alguien dará con mi relato y lo leerá, pues siempre me han disgustado profundamente los relatos con escritor de protagonista. Así que reclamaré para mí otro papel, uno que, si bien no sustituya al primero, sí lo complementa, y será el de hijo, hermano, pescador, aficionado al arte, carpintero. Y aunque no sea por otro motivo, me quedo con esta última ocupación, que tantos callos me ha provocado, por la vergüenza que le causaba a mi madre, quien, durante años, se refirió a mi furgoneta como «el familiar». Soy Thelonious Ellison. Llámenme Monk.



Tengo la piel oscura, el pelo rizado y la nariz ancha; algunos de mis antepasados fueron esclavos, y en New Hampshire, Arizona y Georgia he sido arrestado por policías de piel lechosa, y por eso la sociedad en la que vivo me dice que soy negro; mi raza es esa. Aunque soy bastante atlético, no juego bien básquetbol. Escucho a Mahler, a Aretha Franklin, a Charlie Parker y a Ry Cooder en discos de vinilo y CD. Me licencié con máxima distinción en Harvard y odié todos y cada uno de los minutos de mi carrera. Se me dan bien las matemáticas. No sé bailar. No crecí en una ciudad del interior ni en el sur rural. Mi familia tenía un bungalow cerca de Annapolis. Mi abuelo era médico. Mi padre era médico. Mi hermano y mi hermana eran médicos.

Si en la universidad me afilié al Partido de los Panteras Negras, que entonces ya estaba en las últimas, fue, sobre todo, porque me sentía en la obligación de demostrar que era lo bastante *negro*. Algunas personas que viven en la sociedad en la que yo vivo y a las que se describe como negras me dicen que no soy lo bastante *negro*. Algunas personas a las que la sociedad califica de blancas me dicen lo mismo. Lo han dicho de mis novelas editores que las han rechazado y críticos a quienes, según parece, he dejado perplejos, y también lo oí en un par de ocasiones en una cancha de básquetbol cuando, al errar un tiro, mascullé: «¡Caramba!». De un crítico:

En la novela, hábilmente construida, encontramos personajes bien desarrollados, gran riqueza de lenguaje y un sutil juego argumental, pero a uno le resulta imposible comprender qué relación guarda esta reelaboración de *Los persas* de Esquilo con la experiencia afroamericana.

Una noche, en una fiesta en Nueva York, una de esas tediosas reuniones en las que gente que escribe se mezcla con

gente que quiere escribir y con gente que puede contribuir a que los de una u otra categoría empiecen a escribir o sigan haciéndolo, un agente literario alto y bastante feo me dijo que yo podría vender muchos libros, bastaba con que me olvidara de escribir adaptaciones de Eurípides y parodias de postestructuralistas franceses y me dedicara a escribir las historias reales, crudas y auténticas, de la vida negra. Le dije que yo ya llevaba una vida negra, mucho más negra de lo que él podría llegar a llevar jamás, que esa era la vida que había llevado y la que llevaría. El agente me dejó para ponerse a charlar con una novelista / *performer* emergente que no hacía demasiado había posado durante diecisiete horas seguidas delante de la residencia del gobernador disfrazada de esclavo negro y sosteniendo unas riendas, igual que una de esas figuritas de jardín; le dio un golpecito en una de las extensiones de trencitas que llevaba y, con el pulgar, señaló hacia atrás en mi dirección.

La dura y *cruda* realidad del asunto es que la raza era algo en lo que yo casi nunca pensaba, y las veces en que llegaba a pensar mucho en ello era porque me sentía culpable por no hacerlo. No creo en la raza. Creo que hay personas que me dispararán o me colgarán o me engañarán, o tratarán de detenerme, porque creen en la raza, por mi piel oscura, mi pelo rizado, mi nariz ancha o mis antepasados esclavos. Pero así es la vida.



Las sierras cortan la madera siguiendo la dirección de la fibra o a contrahílo. Si corta al hilo, la sierra de hender avanzará suavemente, pero si corta a contrapelo desgarrará la madera. Todo depende de la geometría de los dientes, de

su forma, tamaño y disposición, de cómo se separan de la hoja. El dentado de los serruchos de través suele ser más pequeño que el de los de hender, cuyos dientes grandes cortan la madera rápidamente y están separados por huecos que al dejar pasar el serrín evitan que el serrucho se atasque. Los dientes de los serruchos de través abren una ranura más ancha, están inclinados hacia atrás y biselados formando ángulos gracias a los cuales el serrucho hace cortes en la veta y la hiende limpiamente.



Llegué a Washington para presentar una ponencia que no me entusiasmaba en el congreso de la Sociedad de Estudios del *Nouveau Roman*. Si me había decidido a asistir al encuentro no había sido porque sintiera una afinidad extraordinaria por la organización, sus miembros o sus objetivos, sino porque mi madre y mi hermana seguían viviendo en Washington, D.C., y ya habían pasado tres años desde mi última visita.

Mi madre había querido ir a buscarme al aeropuerto, pero me negué a darle los datos de mi vuelo y tampoco le dije en qué hotel me alojaría. Mi hermana no se ofreció a ir a buscarme. Es probable que Lisa no me odiara, a mí, que soy su hermano pequeño, pero ya en nuestra más tierna infancia quedó claro, y todavía lo está, que no me tenía en gran consideración. Yo era demasiado frívolo para ella: vivía en un torbellino de conceptos abstractos, alejado del *mundo real*. Mientras ella se deslomaba en la Facultad de Medicina, yo pasaba por la universidad a cuerpo de rey, «sin abrir un libro». Una falsedad, sí, pero también una creencia a la que

Lisa nunca dejó de aferrarse. Mientras ella arriesgaba su vida cada día rompiendo piquetes para ofrecer a las mujeres pobres una atención médica que, si ellas lo deseaban, también incluía abortos, yo pescaba, aserraba madera o escribía novelas crípticas y densas, o daba clases de formalismo ruso a un puñado de mentes californianas en proceso de formación. Pero si conmigo se mostraba fría, con mi hermano, el cirujano plástico que vivía a lo grande en Scottsdale, Arizona, se mostraba helada. Bill tenía esposa y dos hijos, pero todos sabíamos que era gay. A Lisa no le caía mal por su condición sexual, sino porque la acumulación de riquezas era la única razón que lo había empujado al ejercicio de la medicina.

De vez en cuando yo fantaseaba con que mi hermana y mi hermano se sentían orgullosos de mí por mis libros, por mucho que les parecieran ilegibles y aburridos, meras curiosidades. Como mi hermano comentó en una ocasión mientras mis padres les cantaban mis alabanzas a unos amigos suyos, «aunque embadurnaras de mierda un lienzo dirían lo mismo». Eso yo ya lo sabía antes de que él me lo hubiera dicho, pero de todos modos la idea resultaba deprimente. Luego añadió: «No es que no estén en su derecho de sentirse orgullosos». Lo que nunca dijo, aunque se sobreentendía claramente, era que si bien estaban en su derecho de sentirse orgullosos de mí, no tenían motivo alguno. Entonces eso debió de importarme, porque sus palabras me irritaron. Ahora, sin embargo, a pesar de que llevaba cuatro años sin verlo, entendía a Bill y entendía lo que había dicho.

La conferencia se celebraba en el hotel Mayflower, pero como este tipo de encuentros me desagradaba y la gente que participaba en ellos me interesaba muy poco, reservé una habitación en una casa de huéspedes de Dupont Circle que se llamaba Tabbard Inn. La característica que más me atrajo del lugar fue la ausencia de teléfono en la habitación. Me registré,

deshice el equipaje y me di una ducha. Luego llamé a mi hermana a la clínica desde el teléfono de la recepción.

—Así que estás aquí —dijo Lisa.

No le hice ver cuánto mejor habría sonado un «así que por fin has llegado», sino que me limité a contestar «sí».

—¿Ya has llamado a mamá?

—No, supuse que a esta hora estaría durmiendo la siesta.

Lisa emitió un gruñido con el que pareció asentir.

—Entonces ¿te paso a buscar, nos acercamos a casa de mamá y sacamos a la vieja dama a cenar?

—Perfecto. Estoy en el Tabbard Inn.

—Lo conozco. Estaré ahí dentro de una hora.

Colgó antes de que pudiera responderle «adiós» o «estaré listo» o «no te molestes, vete al infierno». Pero eso a Lisa no se lo habría dicho. La admiraba demasiado y, en muchos aspectos, me habría gustado parecerme más a ella. Había dedicado su vida a ayudar a la gente, pero nunca estuve convencido de que la gente le gustara demasiado. La vocación de servicio la heredó de mi padre, quien, si bien se hizo rico gracias al ejercicio de la medicina, nunca quiso cobrar la visita a la mitad de sus pacientes.

El funeral de mi padre había sido un acontecimiento sencillo aunque muy concurrido, en Northwest Washington, un tanto simbólico. La calle de delante de la iglesia episcopaliana a la que mis padres nunca habían asistido estaba llena de gente; casi todos aseguraban, llorosos, que el gran doctor Ellison los había traído a este mundo, aunque la mayoría eran demasiado jóvenes para haber nacido cuando mi padre ejercía. Todavía no he sido capaz de entender ese espectáculo ni de asignarle algún significado.



Lisa llegó al cabo de una hora exacta. Nos abrazamos fríamente, como de costumbre, y salimos a la calle. Me subí a su coupé de lujo, me hundí en el cuero y dije:

—Bonito auto.

—¿Y eso qué significa? —preguntó.

—Un auto cómodo. Lujoso, bien equipado, que no es una mierda de auto, que es más bonito que el mío.

—¿Tú qué crees que significa?

Hizo girar la llave en el contacto.

—Espero que estés preparado.

La miré, la observé mientras activaba el cambio automático.

—Mamá está un poco rara últimamente —dijo.

—Por teléfono parece normal —respondí, sabiendo que había dicho una tontería.

Mi papel, sin embargo, era ese: facilitar la transición de la queja sin importancia al anuncio de un Apocalipsis inminente.

—¿Crees que serías capaz de detectar algo durante esas llamadas de cinco minutos que tú llamas conversaciones?

Así las había llamado, efectivamente, pero ya no volvería a hacerlo.

—Se olvida de las cosas, le dices algo y al cabo de cinco minutos ya no se acuerda de que se lo has dicho.

—Es mayor.

—Eso es justo lo que te estaba diciendo. —Lisa aplastó la muñeca contra el claxon y luego bajó la ventanilla. Le gritó al conductor de delante, cuya manera de detenerse no había sido de su agrado—. ¡Come mierda y muérete, pólipos de colon!

—Tendrías que ir con cuidado —dije—. El tipo podría estar loco.

—Que se vaya a la mierda. Hace cuatro meses, mamá pagó todas las cuentas dos veces. Todas. Adivina quién se encarga ahora de los cheques.

Volvió la cabeza para mirarme, esperando una respuesta.

—Tú.

—Has dado en el maldito clavo, quien los paga soy yo. Tú estás en California, y Guapito de Cara cosiendo tajos en su carnicería del pueblo ese de mala muerte. Yo soy la única que está con mamá.

—¿Y Lorraine?

—Lorraine sigue ahí. ¿Dónde iba a estar, si no? Todavía trata de ir pillando algo de aquí y allá. ¿Crees que se quejó cuando mamá le pagó el sueldo dos veces? Me tienen loca.

—Lo siento, Lisa. Esta situación no es justa.

No sabía qué decir; lo único que se me ocurría era ofrecerme a volver a Washington y mudarme con mi madre.

—Ni siquiera se acuerda de que estoy divorciada. Es capaz de recordar el menor detalle nauseabundo sobre Barry, pero de que se fugó con la secretaria no se acuerda. Ya verás. Lo primero que saldrá de su boca será: «¿Y Barry y tú? ¿Todavía no están embarazados?». Dios.

—¿Quieres que me encargue de algo de la casa? —pregunté.

—Sí, claro. Vuelves a casa y arreglas el radiador, y luego ella se acuerda durante los próximos seis años.

«Monksie arregló la puerta que chirriaba. ¿Y por qué tú no haces nada? Con los estudios que te hemos dado ya podrías arreglar algo». Tú no toques nada de esa casa.

Lisa no alargó la mano para agarrar un paquete de cigarrillos ni hizo ademán de tomar uno o encendérselo, pero eso era ni más ni menos lo que estaba haciendo. Mentalmente, acercaba un encendedor Bic a un Marlboro y exhalaba una nube de humo. Me miró otra vez.

—Dime, ¿cómo te va, hermanito?

—Bien, supongo.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—Presento una ponencia en el congreso de la Sociedad de Estudios del *Nouveau Roman*. —Con su silencio parecía exigir más detalles—. Estoy trabajando en una novela, supongo que podríamos llamarla así, que aborda *S/Z*, un texto de Roland Barthes, exactamente del mismo modo en que este texto aborda *Sarrasine*, la novela de Balzac que, en teoría, toma como objeto.

Lisa masculló algo que sonó bastante agradable.

—Soy incapaz de leer esas cosas que escribes, ya lo sabes.

—Lo siento.

—Es culpa mía, seguro.

—¿Cómo va la consulta?

Lisa meneó la cabeza.

—Odio este país. Esos antiabortistas asquerosos se pasan el día plantados delante de la clínica con sus pancartas y esas cabezotas de papa. Dan miedo. Supongo que te habrás enterado del lío de Maryland.

Había leído la noticia del francotirador que había disparado a la enfermera por la ventana de la clínica. Asentí en silencio.

Lisa estaba aporreando el volante con los índices. Como siempre, mi hermana y sus problemas me parecían mucho más importantes que los míos y yo. Yo ni siquiera podía ofrecerle algo a modo de solución, consejo o conmiseración. Incluso dentro del automóvil, y a pesar de lo menuda que era y de la dulzura de sus rasgos, Lisa sobresalía por encima de mí.

—Ya sabes por qué me caes bien, Monk —dijo tras una larga pausa—. Me caes bien porque eres inteligente. Entiendes cosas que yo no captaría nunca, y tú ni siquiera te paras a pensarlas. Eres de esa clase de gente, ¿sabes?

—En el cumplido había una pizca de rencor—. A ver, Bill es un idiota; con el bisturí es bueno, sí, pero no deja de ser un carnicero. Lo único que le importa es ser un buen carnicero y ganar dinero con su carnicería. Pero tú... Aunque no tienes

que ocuparte en esa mierda, tú lo haces. —Apagó su cigarrillo imaginario—. Lo que me gustaría es que escribieras algo que yo pudiera leer.

—Veré lo que puedo hacer.



Siempre he pescado en agua dulce, arroyos, riachuelos y ríos pequeños. Soy incapaz de regresar al automóvil antes de que oscurezca. Por muy temprano que salga, cuando vuelvo ya es de noche. Primero pesco en este pozo, luego en ese rabión, más tarde en la orilla cóncava de ahí, y en la curva exterior del meandro, y cada lugar parece más agradable y más prometedor que el anterior, hasta que termino a kilómetros de donde salí. Cuando ya es evidente que se ha hecho tarde, voy pescando de vuelta al punto de salida, y cada uno de los escondrijos de las truchas se me antoja más emocionante que antes, y visto desde un ángulo nuevo parece distinto, y me azuza la idea de que la penumbra habrá despertado el hambre a los peces.



Cuando llegamos a su casa, en Underwood, mamá acababa de despertarse de su siesta, y, como siempre, iba vestida como si fuera a salir. El colorete resaltaba en sus mejillas claras; iba pintada a la antigua, pero a sus años podía permitírselo. Me pareció más baja que nunca. Me dio un abrazo algo menos frío que el de mi hermana y dijo:

—Mi pequeño Monksie está en casa.

La levanté del suelo durante un instante, eso siempre le había gustado, y le di un beso en la mejilla. Observé la expresión expectante en la cara de mi hermana cuando la anciana se volvió a mirarla.

—Dime, Lisa, ¿y Barry y tú? ¿Todavía no están embarazados?

—Barry sí que lo está —respondió Lisa. Luego anunció ante el rostro perplejo de nuestra madre—: Barry y yo estamos divorciados, mamá. El muy idiota se fugó con otra.

—Lo siento mucho, cariño. —Le dio unas palmaditas en el brazo a Lisa—. Así es la vida, amor. No te preocupes, lo superarás. «De un modo o de otro», como decía tu padre.

—Gracias, mamá.

—Vamos a llevarla a cenar fuera, señora —le dije—. ¿Qué le parece?

—Me parece maravilloso, maravilloso. Dejen que me arregle y tome el bolso.

Lisa y yo deambulamos por el salón hasta que volvió. Me acerqué a la repisa de la chimenea y miré las fotografías que habían permanecido inmutables durante años: mi padre, posando galante con su uniforme de la guerra de Corea; mi madre, más parecida a Dorothy Dandridge que a sí misma, y los niños, más limpios y encantadores de lo que jamás llegamos a vernos. Me fijé en la chimenea.

—Lisa, hay cenizas en la chimenea.

—¿Qué?

—Mira. Cenizas. Señalé con el dedo.

La chimenea de casa nunca se había usado. Nuestra madre le tenía tanto miedo al fuego que se empeñaba en calentar toda la casa con estufas eléctricas y zócalos calefactores. Mamá volvió con su bolso y con la cara empolvada.

—¿Cómo han llegado ahí esas cenizas? —preguntó Lisa, abordando el tema a su manera.

—Cuando se queman cosas quedan cenizas —respondió mamá—. Eso tendrías que saberlo, con lo que has estudiado.

—¿Qué se ha quemado?

—Le prometí a tu padre que quemaría algunos de sus papeles cuando muriera. Y ha muerto.

—Papá murió hace siete años —dijo Lisa.

—Eso ya lo sé, cariño. Por fin he encontrado un momento. Ya sabes cuánto odio el fuego.

Su argumento era razonable.

—¿Qué clase de papeles? —preguntó Lisa.

—Eso no es asunto tuyo. ¿Por qué crees que papá me pidió que los quemara? Ahora salgamos a cenar.

En la puerta, a mamá le costó meter la llave en la cerradura y se quejó de que últimamente el mecanismo andaba algo atascado. Me ofrecí a ayudarla.

—Mira —le dije—, si mueves la llave hacia este lado y luego hacia el otro, gira fácilmente.

—Monksie ha arreglado la cerradura —dijo. Lisa refunfuñó y se adelantó para llegar al automóvil. Mamá me habló en voz baja:

—Creo que Lisa y Barry tienen problemas.

—Sí, mamá.

—¿Todavía no te has casado? —preguntó.

La tomé del brazo para bajar las escaleras del porche.

—Todavía no.

—Tendrías que ir espabilando, no es bueno llegar a los cincuenta con los hijos todavía pequeños. Terminas molido.



Mi padre era bastante mayor que mi madre. Cuando en junio terminaban las clases, íbamos todos en automóvil a la casa

de Highland Beach, en Maryland, y la abríamos para el verano. Abríamos todas las ventanas, barriamos, limpiábamos telarañas y ahuyentábamos a los gatos callejeros. Entonces pasábamos todo el verano en la playa y papá se reunía con nosotros los fines de semana. Recuerdo lo mucho que le cansaba esa primera limpieza; cuando llegaba el momento de hacer una pausa antes de la cena para jugar al *softball* o al croquet, se conformaba con sentarse en el porche a mirar. Cuando mamá agarraba el bate, la animaba dándole indicaciones y luego volvía a sentarse como si pensar en el juego lo hubiera agotado. Tenía más energía por las mañanas y, ve tú a saber por qué, él y yo siempre salíamos a pasear juntos bien temprano. Caminábamos hasta la playa, llegábamos al muelle y luego regresábamos pasando por delante de la casa de Frederick Douglass y cruzando el riachuelo que formaba la marea, donde nos sentábamos a contemplar los cangrejos correteando por la corriente. A veces nos llevábamos un cubo y una red, y él me guiaba mientras yo atrapaba una docena de cangrejos para el almuerzo.

Una vez se cayó de culo en la arena y dijo:

—Eres un buen chico, Thelonious.

Me volví a mirarlo desde el agua, que me llegaba a los tobillos.

—No te pareces a tu hermano ni a tu hermana. Ellos tampoco se parecen, por supuesto, pero son más parecidos de lo que les gustaría admitir. De todos modos, tú eres distinto.

—¿Eso es bueno, papá?

—Sí —dijo como si hubiera decidido su respuesta justo en ese instante. Señaló el agua—. Ahí hay uno bien gordo. Acércate a él desde más lejos.

Seguí sus instrucciones y levanté el cangrejo.

—Buen chico. Tienes una mente especial. Es por cómo dices las cosas. Si tuviera paciencia para desentrañar algunas de las cosas que dices, me harías un hombre más sabio, lo sé.

No entendía lo que me estaba diciendo, pero advertí el halago en su tono y lo agradecí.

—Y eres tan relajado... No pierdas esta cualidad, hijo. Puede servirte más que ninguna otra cosa en esta vida.

—Sí, papá.

—Y también te vendrá bien para hacer enojar a tus hermanos.

Entonces se echó hacia atrás y procedió a sufrir un ataque al corazón.

Corrí hacia papá. Él me tomó del brazo y dijo:

—Ahora tú sigue relajado y anda a buscar ayuda.

Aquel resultó ser el primero de los cuatro infartos que sufriría antes de pegarse un tiro una tarde de febrero inusitadamente cálida mientras mamá estaba fuera, reunida con las del club de *bridge*. Según parece, el suicidio de papá no sorprendió a mi madre, pues nos llamó a los tres, por orden de edad, y a todos nos dijo lo mismo: «Debes volver a casa para el funeral de tu padre».



La cena fue típica, ni más ni menos. Mi madre dijo cosas que hicieron que mi hermana pusiera los ojos en blanco mientras se fumaba un paquete entero de cigarrillos imaginarios. Mamá me contó que les había hablado de mis libros a todas sus amigas del club de *bridge* y me preguntó, como hacía siempre, si no habría una palabra mejor que «follar» para decir «follar». Luego mi hermana me dejó en el hotel y, mecánicamente, se comprometió a almorzar conmigo al día siguiente.



Como mi ponencia estaba programada a las nueve de la mañana siguiente, tenía la intención de acostarme temprano y dormir de un tirón, si podía. Sin embargo, cuando entré en mi habitación encontré una nota que alguien había deslizado por debajo de la puerta y que me informaba de que Linda Mallory había dejado recado de que la llamara al Mayflower. Fui al teléfono de la recepción.

—Confiaba en que vendrías al congreso —dijo Linda—. La secretaria de tu departamento me ha dicho dónde te alojabas.

—¿Cómo estás, Linda?

—He estado mejor. Lars y yo hemos terminado.

—No sabía que estaban juntos. Supongo que, a estas alturas, preguntar quién es Lars no tiene ningún sentido.

—¿Estás cansado? Es temprano, estamos con la hora de California, ¿no?

—¿Así hablan en San Francisco? ¿«Estamos con la hora de California»? —Me miré el reloj: las ocho y veinte—. Tengo la ponencia a las nueve de la mañana.

—Pero solo son las ocho —contestó—. Para nosotros, las cinco. No esperarás que me crea que vas a acostarte a las cinco. Puedo estar ahí dentro de quince minutos.

—No, voy yo —dije; temía que, por mucho que rechazara de plano su propuesta, ella se presentara de todos modos—. Nos vemos en el bar.

—Mi habitación tiene un minibar de esos.

—En el bar a las ocho cuarenta y cinco.

Colgué.

Linda Mallory y yo habíamos dormido juntos tres veces, dos de las cuales nos habíamos enrollado. Habíamos dormido

juntos dos veces en Berkeley, donde yo había ido a presentar una novela mía y a leer algunos fragmentos, y una vez en Los Ángeles, donde ella había ido a hacer otro tanto. Era una mujer alta y patizamba, delgada y, sin embargo, amorfa, de mentón pequeño y, siempre que del asunto quedasen excluidos los hombres y el sexo, una inteligencia agudísima. Cual rottweiler absorto en una chuleta de cerdo, así dirigía todos sus esfuerzos a conseguir la atención de los hombres. Para ella no existía otra cosa. En realidad, cuando no tenía las orejas levantadas y alerta en busca de atención masculina, hasta podía decirse que era atractiva; ojos oscuros, cabellera poblada, esbelta, sonrisa agradable. Le gustaba follar, decía, pero yo estaba convencido de que, más que hacerlo, lo que le gustaba era decir que le gustaba el sexo. Podía llegar a ser agresiva. Y carecía totalmente de talento literario, lo que resultaba a la vez molesto y extrañamente reconfortante. Linda había publicado un volumen de narrativas breves (como a ella le gustaba llamarlas) predeciblemente extrañas y estereotípicamente *innovadoras*. Había quedado atrapada en un círculo de escritores *innovadores* que habían logrado sobrevivir a la década de los sesenta publicándose relatos los unos a los otros en sus respectivas revistas académicas y editando monografías colectivas, práctica que les había permitido acumular publicaciones, conseguir una plaza de profesor titular en sus universidades y alcanzar cierta apariencia de respetabilidad en lo que se conocía como mundo real. Desgraciadamente, buena parte de la Sociedad de Estudios del *Nouveau Roman* estaba integrada por esa gente. Y todos me odiaban. Por un par de razones: una, porque hacía dos años que había publicado una novela realista con la que había cosechado cierto éxito; y dos, porque en las entrevistas que me hacían en prensa o radio no me callaba la opinión que su obra me merecía. Y por último me odiaban porque, al parecer,

aquellos franceses a los que tanto adoraban tenían mi obra en muy alta estima, lo que para mí no suponía más que una extraña nota a pie de página en mi oscura y discreta carrera literaria. Para ellos, sin embargo, tal vez supusiera una cachetada en toda la cara.



Cuando llegué, Linda ya estaba en el bar. Me envolvió con un abrazo y me vino a la memoria lo mucho que, en la cama, me había recordado a una bicicleta.

—Bueno —dijo de ese modo en el que suele emplearse la palabra para empezar a irse por las ramas—. Vivimos en el mismo estado, y para vernos hemos tenido que recorrer casi cinco mil kilómetros.

—Curioso, cómo son las cosas.

Nos sentamos y pedí un whisky. Lisa pidió otro Gibson. Jugueteó con la cebollita de su copa, atravesándola con la espada de plástico rojo.

—¿Estás en el programa? —le pregunté.

No había visto su nombre, pero tampoco es que hubiese mirado.

—Participo en un debate con Davis Gimbel, Willis Lloyd y Lewis Rosenthal.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—El lugar de Burroughs en la narrativa americana.

Lancé un gruñido.

—No suena nada mal.

—Vi el título de tu ponencia. No lo entiendo. —Cuando nos trajeron las copas, tomó la espada y se comió la cebollita—. ¿De qué trata?

—Ya la oirás. Me tiene harto, la muy condenada. No me ayudará a hacer amigos, te lo aseguro. —Recorrí el bar con la vista sin encontrar ningún rostro conocido—. Esto me pone los pelos de punta.

—¿Por qué has venido, entonces?

—Porque así tenía el viaje pagado. —Tragué un poco de whisky y lamenté no haber pedido agua—. Prefiero admitirlo a decir que he venido porque el congreso de la sociedad me interesa.

—Tienes razón. —Linda se comió su segunda cebollita—. ¿Quieres subir a mi habitación?

—Con calma —respondí—. ¿Y si no nos acostamos pero decimos que sí nos hemos acostado? —Tras un instante de silencio incómodo, dije—: ¿Qué tal Berkeley?

—Bien. Este año voy a por la plaza de titular.

—Y ¿cómo pinta el asunto? —le pregunté, aunque sabía de sobra que no podía pintar demasiado bien.

—Tu familia está aquí —dijo.

—Mi madre y mi hermana.

Me terminé el whisky y entonces fui dolorosamente consciente de que no tenía nada que decirle a Linda. No sabía lo bastante sobre su vida personal para hacerle preguntas, y tampoco quería sacar el tema de su reciente ruptura, así que me quedé mirando el vaso.

El camarero se acercó y me preguntó si quería otra copa. Le dije que no y le di dinero, suficiente para los dos Gibsons y mi whisky. Linda me miraba las manos.

—Tendría que descansar un poco —dije—. Nos vemos mañana.

—Probablemente.